

—¡Qué, señor!—exclamó Benvenuto contrariado.
—¿No os agrada?

—Sí que me agrada; pero ¿por qué habéis echado á perder una idea tan delicada, haciendo el salero de plata? ¡De oro, de oro, es de lo que había que hacerlo! Por vos lo siento, Cellini, pues vais á tener que repetir el trabajo.

—¡Ay, señor!—dijo Benvenuto melancólicamente.—No seáis tan ambicioso para mis humildes obras. La riqueza de la materia de que están hechas es lo que perderá á estos tesoros de mi imaginación. Para lograr una gloria duradera, vale más trabajar en barro que en oro. Las circunstancias son crueles á veces, señor; los hombres son necios y avaros, y quién sabe si un jarrón por el cual daríais diez mil ducados no será fundido para obtener diez escudos.

—¡Vamos, vamos! No creáis que el rey de Francia haya de empeñar á los lombardos los saleros de su mesa.

—El emperador de Turquía se vió obligado á empeñar á los venecianos la corona de espigas de Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Pero la rescató un rey de Francia!

—Ya lo sé. De todos modos, pensad en los peligros, en las revoluciones, en los destierros... Soy de un país en donde los Médicis han sido desterrados y vueltos á llamar tres veces, y solamente los reyes como vuestra majestad, que hacen glorioso su reinado, están libres de que les sea arrebatada su fortuna.

—No importa, Benvenuto, no importa; quiero mi salero en oro. Mi tesorero os entregará hoy mismo mil escudos de oro, de peso antiguo, para que lo hagáis. ¿Oís, conde de Orbec? Hoy mismo, pues no quiero que Cellini pierda un instante. Adiós, Benvenuto, continuad como hasta aquí; el rey piensa en su Júpiter. Adiós, señores; pensad en Carlos V.

Mientras Francisco I bajaba la escalera para ir á reunirse con la reina, que estaba ya en su carruaje, y á la cual se proponía acompañar á caballo, produjéronse diversos incidentes que no debemos dejar pasar en silencio.

Primero se acercó Benvenuto al conde de Orbec, y le dijo:

—Hacedme el favor de tener ese oro á mi disposición, señor tesorero. Para obedecer las órdenes de su majestad, voy á buscar un saco á mi casa y dentro de media hora estaré en la vuestra.

El conde se inclinó como en señal de asentimiento, y Cellini se fué solo, después de haber buscado á Ascanio con la vista, inútilmente.

Al mismo tiempo, Marmagne hablaba en voz baja con el preboste, que tenía á Colomba de la mano.

—Esta es una ocasión magnífica—decía el vizconde—. Voy á prevenir á mis dos esbirros. Encargaos de recomendar á Orbec que entretenga todo el tiempo que le sea posible á Benvenuto.

Desapareció el vizconde; el preboste se acercó á Orbec, le habló al oído, y luego dijo en voz alta:

—Entretanto, conde, yo acompañaré á Colomba á casa.

—Está bien—dijo Orbec—. No dejéis de ir esta noche á decirme el resultado.

Se separaron. El preboste tomó lentamente, con su hija, el camino del palacete de Nesle. Sin que él lo notara, les seguía Ascanio, que no les había perdido de vista ni un minuto y miraba con arrobamiento á Colomba.

Entretanto el rey, poniendo el pie en el estribo, montaba un admirable alazán, su caballo favorito, regalo de Enrique VIII.

XXI

CUATRO CLASES DE BANDIDOS

Benvenuto volvió á pasar el Sena apresuradamente, y cogió en su casa, no un saco, según había dicho al conde de Orbec, sino un capachito ó esportilla que le había regalado en Florencia una monja, prima suya. Luego, como deseaba terminar el asunto aquel mismo día, y ya eran las dos de la tarde, sin esperar á Ascanio, á quien había perdido de vista, ni á sus obreros, que habían ido á comer, volvió á tomar el camino de la calle de «Froid-Manteaux», donde vivía el conde de Orbec, y mirando atentamente á su alrededor, pudo convencerse de que no era espiado.

Cuando llegó al domicilio del tesorero del rey, éste le dijo que no podía entregarle todo su oro en el acto, porque era necesario llenar algunas formalidades indispensables: llamar á un notario, extender un contrato, etc. Se excusó el conde con mucha amabilidad, porque sabía que Cellini era hombre de poca paciencia, y pudo arreglárselas de modo que Benvenuto creyera en la sinceridad de sus palabras y se resignara á esperar.

Pero Cellini quiso aprovechar el aplazamiento para llamar á algunos de sus obreros que le acompañasen al regreso y le ayudaran á llevar su oro. Orbec se apresuró á enviar al palacio de Nesle uno de sus criados, y luego emprendió conversación con Cellini acerca de sus trabajos, del favor con que el rey le distinguía, y, en una palabra, de todos los asuntos que podían hacer llevar con más paciencia á Benvenuto la espera, que era para el artista tanto menos sospechosa, cuanto ignoraba que el conde tuviese motivos de enemistad con él. Cierta que Benvenuto se proponía suplantarle como esposo de Colomba, pero solo Ascanio y él lo sabían. El artista, pues, correspondió amablemente á las atenciones del tesorero.

Luego se tardó algún tiempo en escoger el oro del peso que el rey había ordenado. El notario no acudió con mucho apresuramiento. El contrato no era cosa que se redactara y se pusiera en limpio en un minuto. En resumen, cuando, cambiadas las últimas frases de despedida, Benvenuto se dispuso á salir para regresar á su palacio, empezaba á anochecer. Preguntó el ar-

tista si habían llegado sus obreros, y el sirviente de Orbec, á quien se dió el encargo de avisarlos, dijo que no habían podido ir, pero que él se prestaba voluntariamente á llevar la esportilla de oro del señor orfebre. Despertóse con esto la desconfianza de Cellini, y rehusó el ofrecimiento, aunque le había sido hecho con mucha amabilidad.

Puso el oro en el cestillo, pasó el brazo por las dos asas, y así quedó el valioso metal mejor encerrado y lo pudo llevar el orfebre con más comodidad que en un saco. Bajo la ropa llevaba Benvenuto una buena cota de malla con mangas; tenía al cinto una espada corta y un puñal, y así prevenido, echó á andar con paso firme y apresurado. Antes de salir de casa del tesorero, creyó notar que algunos lacayos hablaban en voz baja unos con otros y salían precipitadamente, por un camino opuesto al que él debía seguir.

Hoy que se va desde el Louvre al Instituto por el Puente de las Artes, se puede recorrer en cuatro zancadas el trayecto que había de seguir Benvenuto; pero en aquella época era casi un viaje. En efecto, saliendo de la calle de «Froid-Manteaux», tenía que subir por el muelle hasta el Chatelet, seguir por el puente de los Molineiros, atravesar la Cité por la calle de «Saint-Barthelemy», trasladarse á la orilla izquierda del Sena por el puente de San Miguel, y desde allí bajar por el muelle desierto hasta el palacio de Nesle. No es, pues, de extrañar, que en aquella época en que tanto abundaban los ladrones y los rateros, tuviese Benvenuto, á pesar de su probada valentía, algún temor respecto de la riqueza que llevaba bajo el brazo. Y si el lector quiere adelantarse á Benvenuto con nosotros unos centenares de pasos, se convencerá de que no carecían de fundamento los temores del orfebre.

Desde una hora antes de anochecer, cuatro hombres de muy malas trazas, embozados en grandes capas, estaban apostados en el muelle de los Agustinos, cerca de la iglesia. El arenal estaba limitado únicamente por paredones en aquella época y totalmente desierto en aquel instante. Los hombres á quienes nos referimos, no habían visto pasar desde que estaban apostados más que al preboste, que volvía de acompañar á Colomba, y como le conocían, le saludaron con el respeto debido á las autoridades.

Hablaban en voz baja, con el ala del sombrero caída sobre los ojos, y estaban en una rinconada formada por la iglesia. Dos de ellos nos son conocidos: eran los esbirros que acompañaron al vizconde de Marmagne en su desgraciada intentona contra el palacio de Nesle; se llamaban Ferrante y Fracasso. Sus dos compañeros, que se ganaban la vida en el mismo lamentable oficio, se llamaban Procopio y Maledent. Para que la posteridad no dispute, como al cabo de tres mil años ha disputado acerca de Homero, respecto á la patria de estos cuatro valientes, consignaremos que Maledent era de Picardía; Procopio, bohemio, y Ferrante y Fracasso habían

visto la luz primera bajo el hermoso cielo de Italia. En cuanto á sus cualidades distintivas en tiempo de paz, podemos decir que Procopio las daba de jurista, Ferrante era pedante, Fracasso soñador, y Maledent, imbécil. Se ve que aunque su historiador sea francés, no le ciega tal circunstancia al juzgar al único de sus compatriotas que figuraba en la cuadrilla.

Luchando, los cuatro eran verdaderos demonios rabiosos.

Escuchemos ahora la edificante y amistosa conversación que sostenían entre sí. De este modo podremos saber qué clase de hombres eran, y qué peligros amenazaban á nuestro amigo Benvenuto.

—Por lo menos, Fracasso—decía Ferrante—, no nos estorbará hoy ese memo de vizconde, y nuestras espadas podrán salir de sus vainas sin que nos ordene la retirada, y nos obligue á huir el grandísimo cobarde.

—Sí—respondió Fracasso—; pero puesto que nos deja todo el peligro de la lucha, cosa que le agradezco, debería dejarnos también todo el provecho. ¿Con qué derecho se reserva para sí quinientos escudos de oro? No niego que los otros quinientos son una bonita cantidad. Ciento veinticinco para cada uno de nosotros, no es poco. En estos tiempos están las cosas tan mal, que yo he tenido que matar á un hombre por mucho menos: por dos escudos.

—¡Por dos escudos! ¡Virgen santa!—exclamó Maledent—. ¡Eso es echar á perder el oficio! No digas semejantes cosas cuando yo esté delante, pues alguno podría confundirme contigo! ¡Quita de ahí!

—¡Qué quieres, Maledent!—replicó melancólicamente Fracasso—. La vida tiene apuros muy grandes, y hay ocasiones en que sería uno capaz de matar un hombre á cambio de un pedazo de pan. Pero volvamos á nuestro asunto. Me parece que doscientos cincuenta escudos valen más que ciento veinticinco. Si después de matar á nuestro hombre nos negáramos á dar cuentas á ese ladrón de Marmagne... ¿Qué os parece?

—Hermano mío—dijo Procopio—, olvidas que eso sería faltar á lo convenido; sería frustrar á un cliente, y hay que ser leal con todo el mundo. Entregaremos al vizconde los quinientos escudos de oro, hasta la última moneda. Pero «distingamos». Cuando se los haya embolsado y haya reconocido que nos hemos portado honradamente, ¿quién puede impedirnos que le atacemos y le hagamos soltar el dinero?

—Bien pensado—dijo Ferrante en tono de suficiencia—. Procopio tiene una probidad extraordinaria y al mismo tiempo una imaginación incomparable.

—Eso consiste en que he estudiado un poco de Derecho—dijo Procopio modestamente.

—Pero—continuó Ferrante con el tono de pedantería característico en él—no nos embrollemos en nuestros designios. «Recte ad terminum eamus». Dejad al vizconde que duerma tranquilo; ya le llegará la vez. Por el momento sólo se trata

de ese orfebre florentino; para mayor seguridad, han querido que seamos cuatro los encargados de acuchillarle. En rigor, bastaba con uno para el negocio y para cobrar los escudos, pero la capitalización es una plaga social y más vale que se reparta el beneficio entre varios amigos. Lo que debemos hacer es despacharle pronto y bien, pues como Fracasso y yo hemos visto, no es un hombre vulgar. Resignémonos, pues, para mayor seguridad, á atacarle los cuatro á un tiempo. Ya no tardará en llegar. ¡Atención! sangre fría, firmeza en los pies, buena vista, y cuidado con las estocadas á la italiana, que no dejará de asestarnos.

—Ya se sabe lo que es, Ferrante—dijo Maledent desdeñosamente—recibir una estocada. Una vez entré yo de noche, para un asunto personal, en un castillo del Bourbonnais; me sorprendió el amanecer antes de haber terminado, y tuve que adoptar, por fuerza, la resolución de ocultarme hasta la noche siguiente. Para esto nada me pareció más á propósito que el arsenal del castillo; había allí panoplias y trofeos, cascos, corazas, escudos y toda clase de armas. Levanté la estaca que sostenía una de las armaduras, me coloqué dentro de ésta y permanecí en pie, baja la visera del casco, é inmóvil sobre mi pedestal.

—Sigue, sigue; eso es muy interesante—dijo Ferrante—. En nada se puede emplear mejor los ocios de una espera que en escuchar el relato de alguna aventura como esa. Sigue.

—Yo no sabía—prosiguió Maledent—que el hijo del dueño del castillo utilizaba aquella armadura precisamente para ejercitarse en las armas; pero pronto lo supe á mi costa; entraron dos mocetones de veinte años; cogieron cada uno una lanza y una espada y empezaron á descargar golpes y á dar acometidas contra mi peto. Pues bien, amigos míos, creedme si queréis: resistí todas las estocadas y todos los lanzazos sin moverme, como si hubiese estado clavado en el pedestal. Por suerte, no eran muy hábiles ni muy forzudos aquellos muchachotes. Pero llegó el padre y les aconsejó que procuraran dirigir los golpes al punto débil de la coraza; mi santo patrono, al cual invocaba yo fervientemente, desvió todos los golpes, y entonces el padre, queriendo dar una lección á los muchachos, requirió una lanza; les dijo que iba á enseñarles cómo se levanta una visera, y al primer lanzazo me descubrió la cara. Yo me creí perdido.

—¡Pobre Maledent!—exclamó Fracasso.

—Yo estaba pálido y espantado, y al verme así, cometieron la torpeza de tomarme por el fantasma de su bisabuelo, y echaron á correr como si les llevase el diablo. ¡Qué queréis que os diga! les volví la espalda y eché á correr también. Ya veis que por mi parte no soy débil.

—Sí—dijo Procopio—; pero lo esencial en nuestro oficio, no es saber recibir los golpes y las estocadas, sino saber darlos. Lo mejor es que la víctima caiga sin dar un solo grito. En una de mis excursiones á Flandes, tuve que librar á

uno de mis parroquianos de cuatro amigos suyos que viajaban con él. Primeramente quiso que me auxiliaran cuatro camaradas, pero yo dije que me encargaría solo del negocio ó que no me encargaría. Convinimos, por último, en que haría lo que mejor me pareciese con tal que le llevara cuatro cadáveres y que me daría las cuatro partes de la recompensa. Yo sabía el camino que llevaban y les esperé en una posada por donde tenían que pasar necesariamente.

El posadero había sido tiempo atrás de los nuestros y había dejado el oficio para encargarse de la posada, lo cual era continuar en la profesión de otro modo; pero tenía aún buenos sentimientos; así que no me costó mucho trabajo ponerle de mi parte ofreciéndole una décima parte de la recompensa. Convenido esto, esperamos á nuestros cuatro viajeros, que no tardaron en llegar y echaron pie á tierra ante la posada, disponiéndose á llenar sus estómagos y á cuidar sus caballos. El posadero les dijo que la cuadra era tan pequeña, que á menos de entrar uno tras otro no podrían moverse en ella y se estorbarían mutuamente. El primero que entró tardó tanto en salir, que el que le seguía entró también, impaciente, para ver lo que hacía su compañero. Como tardaba mucho, el tercero, cansado de esperar, pasó á su vez, y al cabo de algún tiempo, el cuarto, extrañado de la tardanza de los otros tres, dijo:

—¿Por qué no salen?

—Ya me figuro por qué—contestó el posadero—. Como la cuadra es sumamente pequeña, habrán salido por la otra puerta.

Estas palabras animaron al último de los viajeros á reunirse con los demás, y entonces yo, que, como habréis comprendido, estaba dentro de la cuadra, comprendiendo que la cosa no podía tener ya inconveniente, le dejé dar un grito para despedirse del mundo. ¿No podía llamarse esto en derecho romano «trucidatio per divisionem necis», Ferrante? Pero, ¡pardiez! nuestro hombre tarda demasiado. ¡Con tal de que no le haya sucedido algo!... Pronto va á ser de noche.

—«Suadentque cadentia sidera somnos»—dijo Fracasso—. Y á propósito, amigos, tened cuidado no sea que en la obscuridad utilice Benvenuto un recurso que yo he puesto en práctica varias veces en mis paseos por las orillas del Rin. A mí me han gustado mucho siempre las orillas del Rin; el paisaje es pintoresco y melancólico. El Rin es el río de los soñadores, así es que yo iba allí á soñar, y ahora os diré el asunto de mis ensueños.

Se trataba de enviar al otro mundo á un señor llamado Schreckenstein, si no recuerdo mal. La cosa no era fácil, porque el hombre no sale nunca sino muy bien acompañado. He aquí el plan que realicé: Una noche muy obscura me vestí del mismo modo que él y esperé á pie firme que llegara con su acompañamiento. Cuando divisé la negra masa que se destacaba en la noche solitaria y obscura, «obscuri sub nocte», me precipité como un desesperado sobre Schreckenstein que caminaba un poco delante de su escolta, y

de paso tuve la habilidad de quitarle de la cabeza su sombrero de plumas y cambiar de sitio con él, volviéndome del lado en que él hubiera debido estar; con el pomo de mi espada le di un golpe que le atontó y empecé á gritar entre el tumulto de los gritos y de las armas de los otros: «¡Socorro! ¡Socorro, amigos míos!» Los hombres que acompañaban á Schreckenstein cayeron furiosos sobre su amo y le dejaron muerto allí mismo, mientras yo huía. El pobre hombre pudo decir, al menos, que le habían matado sus amigos.

—No hay duda de que la empresa era arriesgada—dijo Ferrante—; pero si yo vuelvo la vista hacia mi desaparecida juventud, es seguro que encontraré el recuerdo de una hazaña más audaz todavía. Como tú, Fracasso, tenía que habérmelas con un jefe de partida, siempre bien montado y escoltado. Ello fué en un bosque de los Abruzzos; fui á apostarme al paso del individuo, y subiéndome á una encina enorme me acosté en una de sus más gruesas ramas que venía á caer en medio del camino, y esperé. Salía el sol, y sus primeros rayos atravesaban como hilillos de luz pálida las copas de los árboles...

—¡Chito!—interrumpió Procopio—, oigo pasos; debe de ser nuestro hombre.

—Bueno—dijo Maledent mirando atentamente á su alrededor—, todo está desierto y silencioso. La suerte nos acompaña.

Quedáronse los cuatro callados é inmóviles; apenas se distinguían sus caras morenas y terribles entre las sombras crepusculares, pero se veían sus ojos brillantes, sus manos temblorosas aferradas á la empuñadura de sus espadas, su actitud de espera y de espanto; formaban en aquellas semitinieblas un grupo que daba miedo y en tal actitud colorado, que sólo el pincel de Salvator Rosa hubiese podido copiarlo.

Era en efecto Benvenuto quien se acercaba á pasos rápidos, y sospechando alguna agresión, como ya hemos dicho, dirigía su penetrante mirada hacia todos lados, sondeando, por decirlo así, la obscuridad. Como estaba acostumbrado á andar en las tinieblas, pudo ver á veinte pasos de distancia á los cuatro bandidos cuando salían de su emboscada; y antes de que se le acercaran tuvo tiempo de ocultar el cestillo bajo su capa y desenvainar la espada. Además, con la sangre fría que no le abandonaba nunca, tuvo cuidado de apoyarse de espaldas en la pared de la iglesia, y así vió venir de frente á sus cuatro adversarios.

Le atacaron rápidamente. No había medio de huir y era inútil gritar, pues el palacio estaba á más de quinientos pasos de distancia; pero Benvenuto había pasado ya del aprendizaje de las armas y contestó vigorosamente al ataque de los bandidos.

Sin dejar de repartir estocadas, como conservaba entera lucidez de ánimo, se le ocurrió una idea, que brotó en su cerebro como un relámpago. Indudablemente aquella emboscada había sido preparada contra él solo; si pudiera engañar á sus enemigos haciéndoles ver que se habían equivocado de persona, estaba salvado. Así pues,

al mismo tiempo que se defendía, empezó á burlarse de sus agresores y de su pretendida equivocación.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué queréis? ¿Estáis locos? ¿Pensáis que habéis de ganar algo acuchillando á un militar tan pobre como yo? ¿Queréis mi capa? ¿Codiciáis mi espada? ¡Eh, tú, cuidado con tus orejas! Si queréis mi espada tendréis que ganarla; pero os aseguro que para ser ladrones avezados, como me lo parecéis, no habéis tenido por esta vez muy buen olfato.

Y al hablar así, les atacaba haciéndoles retroceder, pero sin separarse de su posición más que uno ó dos pasos, volviendo á ella en seguida, descargando estocada sobre estocada y procurando descubrirse por completo para que los bandidos, si habían sido avisados por los sirvientes del conde de Orbec que le vieron contar las monedas de oro, creyeran que no era él el que buscaban, puesto que no llevaba consigo el dinero. En efecto, la firmeza de sus palabras y su agilidad en el manejo de la espada, inconcebible en un hombre que llevara consigo mil escudos de oro, hicieron dudar á los agresores.

—¿Y si efectivamente nos hubiéramos equivocado?—dijo Fracasso.

—Mucho lo temo. Aquel hombre me pareció menos alto que éste, y si es él, no trae el dinero. Ese miserable vizconde nos ha engañado.

—¿Yo dinero?—exclamó Benvenuto batiéndose bravamente—. Yo no traigo encima, por todo capital, más que unas monedas de cobre; pero si las queréis, os advierto que os costará trabajo cogerlas; mucho más trabajo que si fueran de oro y pertenecieran á otra persona.

—¡Ah, diablo!—dijo Procopio—. No hay duda de que es un militar. ¿De cuándo acá se bate tan bien un orfebre? Cansaos vosotros si os place, yo no me bató más de balde.

Y se retiró refunfuñando, al mismo tiempo que los otros disminuían sus ataques, casi convencidos por su actitud y por sus palabras. Benvenuto, más débilmente atacado, aprovechó la circunstancia para salir del sitio en que se había colocado y acercarse al palacio de Nesle fingiendo que retrocedía ante sus enemigos, pero sin dejar de batirse con ellos. El fiero jabalí arrastraba consigo á los perros hacia su guarida.

—Vamos; venid conmigo, si queréis, valientes—decía Benvenuto—. Acompañadme hasta la entrada del Pré-aux-Clercs; á la «Maison-Rouge», á casa de mi infante que me espera, y cuyo padre vende vino. El camino no es muy seguro, según dicen, y no me desagradaría llevar escolta.

Al oír esto, Fracasso renunció también á la lucha y fué á reunirse con Procopio.

—¡Estamos locos, Ferrante!—dijo Maledent—. ¡Este no es Benvenuto!

—¡Sí, sí; es él—contestó Ferrante, que acababa de ver la esportilla de oro bajo el brazo de Cellini, que en un movimiento brusco se había descubierto.

Pero ya era tarde; el palacio de Nesle sólo estaba á cincuenta pasos de distancia, y Benve-

nuto, con su voz atronadora, gritó en medio del silencio de la noche:

—¡A mí, los del palacio de Nesle! ¡Socorro! ¡Socorro!

Fracasso sólo tuvo tiempo de volver sobre sus pasos; Procopio quiso acudir, pero se había quedado lejos; y Ferrante redobló sus esfuerzos, como Maledent; pero los obreros de Cellini estaban alerta; se abrió la puerta del palacio á la primera voz del maestro, y el enorme Hermann, el pequeño Juan, Simón el Zurdo y Santiago Aubry salieron armados con picas. Al verles, huyeron los bandidos.

—¡Esperad, esperad, bribones! ¿No queréis escollarme un ratito más? ¡Qué torpes, que no han podido arrebatarme á un hombre solo mil escudos que le rendían el brazo!

Los bandidos, sin hacer más que un ligero arañazo en la mano á Benvenuto, huían tres de ellos corridos, y el otro, Fracasso, aullando, pues el pobre había perdido en los últimos ataques el ojo derecho, accidente á consecuencia del cual se quedó tuerto para toda su vida, lo que dió una expresión más tenebrosa y más melancólica á su pensativo rostro.

—Ahora, hijos míos—dijo Cellini á sus compañeros cuando hubo cesado el ruido de los pasos de los fugitivos agresores—, hay que cenar para reparar las fuerzas que hemos gastado. Venid todos y beberemos en celebración de mi libertad, queridos salvadores. Pero, ¡pardiez! no veo á Ascanio entre vosotros; ¿dónde está?

Como recordarán nuestros lectores, Ascanio se había separado de su maestro al salir del Louvre.

—Yo sé dónde está—dijo Juan.

—¿En dónde, hijo mío?—preguntó Benvenuto.

—Allá, al fondo del jardín, por donde se pasea desde hace más de media hora; el curial y yo fuimos para hablar con él, pero nos rogó que le dejáramos solo.

—¡Qué cosa más rara!—pensó Benvenuto—. ¿Cómo no habrá oído mis voces? ¿Cómo no habrá acudido con los demás?... No me esperéis—añadió levantando la voz—, cenad sin mí. ¡Hola! ¿Eres tú, Scozzone?

—¿Qué me dicen, maestro? ¿Han querido asesinarnos?

—Sí, sí; algo parecido.

—¡Jesús!

—No ha sido nada, hija mía; no ha sido nada—repitió Benvenuto para tranquilizar á la pobre Catalina, que se había puesto pálida como la muerte—. Ahora lo que interesa es subir vino para estos valientes muchachos. Pídele las llaves de la bodega á Ruperta, y escoge el vino tú misma.

—Pero no saldréis otra vez, ¿eh?

—No; no tengas cuidado. Voy á buscar á Ascanio que está en el jardín, porque tengo que hablar con él de asuntos graves.

Los compañeros de Scozzone volvieron al taller, y Benvenuto se dirigió á la puerta del jardín. Salía la luna en aquel momento y el maestro yió perfectamente á Ascanio; pero, en vez de pa-

searse, el muchacho subía por una escala apoyada contra el muro del palacete. Llegado á la cima se montó á caballo en ella, tiró de la escala hacia sí, la hizo pasar al otro lado, y desapareció.

Benvenuto se pasó la mano por los ojos, como haría un hombre que no pudiera creer lo que estaba viendo, y tomó una súbita resolución. Subió al cuartito donde modelaba la estatua de Hebe, abrió la ventana, saltó al otro lado y se dejó caer sobre el muro del palacete; luego, apoyándose en una parra que extendía en aquel sitio sus ramas nudosas, se dejó caer, sin hacer ruido, en el



Oculto por un grupo de árboles, Benvenuto se acercó á ellos y escuchó.

jardín de Colomba; había llovido por la mañana, y la tierra húmeda amortiguó el ruido de los pasos de Cellini.

Aplicó el oído al suelo é interrogó al silencio inútilmente durante varios minutos. Por fin oyó unos cuchicheos que le guiaron; se levantó, y deteniéndose á cada paso, fué avanzando poco á poco, á tientas, hasta que el ruido de las voces fué más perceptible. Siguió andando hacia donde sonaban, y al llegar á la segunda avenida que atravesaba el jardín, reconoció, ó mejor dicho, adivinó en las tinieblas á Colomba, vestida de blanco y sentada junto á Ascanio en el banco que ya conocemos. Los dos jóvenes hablaban en voz baja, pero con animación y claramente.

Oculto por un grupo de árboles, Benvenuto se acercó á ellos y escuchó.

XXII

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE OTOÑO

Era una hermosa noche de Otoño, tranquila y transparente. La luna había barrido casi todas las nubes, y las que aún quedaban en el cielo, se deslizaban, alejadas unas de otras, sobre un fondo azul sembrado de estrellas. Alrededor del grupo

que hablaba y escuchaba en el jardín del palacete de Nesle todo estaba tranquilo y silencioso, pero en ellos todo era turbación y estremecimiento.

—Idolatrada Colomba—decía Ascanio mientras Benvenuto, de pie detrás de él, frío y pálido, creía escuchar sus palabras no con los oídos, sino con el corazón—; mi amada prometida; ¡qué he venido yo á hacer en vuestra existencia! Cuando sepáis la desgracia y la tribulación que os traigo vais

aquella muchacha, pura hasta el extremo de que ni se ruborizaba al oírle, los crueles refinamientos de odio y de ignominia que el amor despechado inspiraba á la favorita del rey. Lo único que Colomba pudo entender era que su enamorado estaba lleno de repugnancia y de terror, y, pobre hiedra que no tenía otro apoyo que el arbolito al cual se había adherido, tembló y se estremeció como él.

—Es preciso—dijo ella—revelar á mi padre



Y al hablar así, les atacaba haciéndoles retroceder.

á maldecirme por haber sido portador de tales noticias.

—Os equivocáis, amigo mío—respondió Colomba—. Sea lo que sea lo que me digáis, os bendeciré, porque os considero como enviado por el mismo Dios. Yo no he oído nunca la voz de mi madre, pero comprendo que la hubiese escuchado como os escucho á vos. Hablad, pues, Ascanio, y por terrible que sea lo que vais á decirme, vuestra voz me consolará al oírlo.

—Armaos de todo vuestro valor y de todas vuestras fuerzas.

Y Ascanio la refirió todo lo que había ocurrido en su presencia entre la duquesa de Etampes y el conde de Orbec; la enteró de todo el complot, mezcla de traición contra los intereses de un reino, y de atentado contra el honor de ella; soportó el suplicio de referir á aquella alma cándida, que se asombraba del mal, el infame convenio del tesorero; tuvo que hacer comprender á

ese espantoso complot contra mi honra. Mi padre no sospecha nuestro amor; mi padre os debe la vida; mi padre os escuchará y arrancará mi porvenir de manos del conde de Orbec. Estad tranquilo.

—¡Ay!—exclamó por toda respuesta Ascanio.

—¡Oh, amigo mío!—dijo Colomba comprendiendo toda la duda que encerraba aquella exclamación—. ¿Seréis capaz de acusar á mi padre de semejante complicidad? No; no puede ser. Mi padre no sabe nada, no sospecha nada, y aunque nunca me ha manifestado gran ternura no me arrojaría con sus propias manos á la vergüenza y á la desgracia.

—Perdonad, Colomba; vuestro padre no está acostumbrado á ver la vergüenza en la fortuna; un título de nobleza se lo ocultaría por completo, y en su orgullo de cortesano os creería más feliz si fuérais amante del rey que siendo esposa de un artista. No debo ocultaros nada, Colomba; el

conde de Orbec dijo á la duquesa de Etampes que respondía de vuestro padre.

—¿Será posible, Dios mío! ¿Acaso han existido alguna vez padres que vendieran á sus hijas?

—Han existido en todos los países y en todos los tiempos, ángel mío, y sobre todo en estos tiempos y en este país. No os figuréis el mundo á imagen de vuestra alma, y la sociedad á semejanza de vuestra virtud. Sí, Colomba; los nombres más nobles de Francia han contribuido sin pudor al libertinaje de los reyes con la belleza de sus mujeres y de sus hijas; es cosa corriente en la corte, y si vuestro padre desea justificar se, no le faltarán ejemplos ilustres. Perdóname, amada mía, que lastime así tu alma casta y santa por el contacto de la espantosa realidad, pero es necesario que así sea; es preciso que te haga ver el abismo al cual quieren empujarte.

—¿Ascanio, Ascanio!—exclamó Colomba ocultando su rostro en el hombro del joven—. ¿Es posible que mi padre se vuelva también contra mí! Sólo el pensarlo me avergüenza. ¿Dónde podré refugiarme? Únicamente en vuestros brazos, Ascanio. ¿Vos me salvaréis! ¿Habéis hablado á vuestro maestro, á ese Benvenuto tan grande, tan poderoso, según me habéis dicho, y á quien amo porque vos le amáis?

—No le améis, Colomba! No debéis amarle.

—¿Por qué?

—Porque él os ama; porque en vez de un amigo en quien creímos que podríais confiar, es un enemigo al cual vamos á tener que combatir. Un enemigo, ¿lo oís? ¡el más terrible de todos! Escuchad.

Ascanio contó á Colomba cómo, en el momento en que él se disponía á confesar su amor á Benvenuto, éste le declaró su amor ideal hacia Colomba, y cómo el cincelador favorito de Francisco I, gracias á aquella palabra de caballero, á la cual no había faltado nunca el rey, estaba en condiciones de pedirle cuanto quisiera, apenas hubiese fundido la estatua de Júpiter, y lo que pensaba pedirle era la mano de Colomba.

—¿Dios mío! Sólo en vos podemos confiar—dijo ésta levantando al cielo sus hermosos ojos y sus blancas manos—. Todos nuestros aliados se convierten en enemigos, todos los puertos de salvación se truecan en escollos. ¿Estáis seguro, Ascanio, de que somos desgraciados hasta ese extremo?

—Ciertísimo. Mi maestro es tan peligroso para nosotros como vuestro padre. Sí, él, él, Benvenuto, mi amigo, mi maestro, mi protector, mi padre... ¡me veo casi obligado á odiarle! Y sin embargo, ¿por qué le he de odiar? ¿Porque ha sido víctima del mismo ascendiente que ejercéis sobre mí y ante el cual deben inclinarse todos los espíritus elevados? ¿Porque os ama como yo? Su crimen es el mío, después de todo; pero vos me amáis, Colomba, y eso me absuelve. ¿Qué hacer, Dios mío? Me lo pregunto sin cesar desde hace dos días, y ya no sé si empiezo á odiar á Benvenuto ó si sigo queriéndole. Os ama, es cierto; pero

¡también á mí me ha querido tanto! Mi alma vacila y teme entre estas opuestas sensaciones; está temblorosa como un junco sacudido por la tempestad. ¿Qué hará él? Ante todo voy á enterarle de los designios del conde de Orbec y espero que nos libertará de ellos. Pero luego, cuando nos encontremos frente á frente como enemigos; cuando le diga que su discípulo es su rival, ¡oh, Colomba! su voluntad omnipotente como el destino, es tal vez ciega como él; ¿olvidará á Ascanio para no pensar más que en Colomba? ¿Apartará los ojos del hombre á quien quiso, para no ver más que á la mujer á quien ama? Yo reconozco que entre él y vos, no vacilaría; comprendo que sacrificaría sin remordimientos el pasado de mi corazón á su porvenir; la tierra al cielo. ¿Por qué ha de obrar él de otro modo? Es hombre, y sacrificar su amor sería un acto sobrehumano. Lucharemos, pues, uno contra otro; pero ¿cómo podré resistirle yo, débil y solo? ¡No importa, Colomba! Aunque llegara á odiar al que tanto y durante tanto tiempo he querido, no me atrevería por todo el oro del mundo á hacerle sufrir el suplicio con que él me ha torturado el otro día al confesarle que os amaba.

Benvenuto, inmóvil como una estatua detrás del árbol, sentía su frente inundada de sudor, y crispaba sobre su corazón una mano convulsivamente.

—¡Pobre Ascanio! ¡Pobre amigo mío!—dijo Colomba—. Habéis sufrido mucho y aún tenéis mucho que sufrir. Pero esperemos lo porvenir con calma. No exageremos nuestros dolores; no todo es desesperación. Para soportar la desgracia, para conjurar el destino somos tres, contando con Dios. Preferiríais que yo perteneciera á Benvenuto mejor que á Orbec, ¿no es cierto? Y preferiríais más que fuese de Dios y no de Benvenuto, ¿verdad? Pues bien; si no puedo ser vuestra solo seré de Dios, sabedlo. Vuestra esposa en este mundo ó vuestra prometida para el otro. Esta es la promesa que os hago y que cumpliré. Estad tranquilo.

—Gracias, ángel mío, gracias—exclamó Ascanio—. Olvidemos el vasto mundo que se extiende á nuestro alrededor, y concentremos nuestra vida en este bosquecillo donde ahora nos encontramos. Aún no me habéis dicho que me amáis, Colomba...

—Cállate, Ascanio, cállate. Ya ves que procuro santificar mi voluntad convirtiéndola en un deber. Te amo, Ascanio. ¿Lo dudas?

Benvenuto no tuvo fuerzas para permanecer en pie; cayó de rodillas y apoyó su frente en el tronco del árbol. Sus miradas se fijaban en el espacio vagamente, mientras con el oído atento escuchaba á los dos jóvenes.

—Colomba mía—decía Ascanio—, ¡je amo y algo me dice que seremos dichosos y que el Señor no abandonará al más bello de sus ángeles. ¡Oh, Dios mío! En esta atmósfera de ventura que ahora me rodea, no me es posible acordarme del círculo de dolor en que voy á entrar cuando me separe de ti, amada Colomba.

—Pues es preciso pensar en el mañana. Ayudémonos, Ascanio, para que Dios nos ayude. Yo creo que sería una deslealtad dejar que tu maestro Benvenuto ignore nuestro amor. Se expondría á graves peligros al luchar contra la duquesa de Etampes y el conde de Orbec. No; no sería justo, y hay que enterarle de todo.

—Te obedeceré, Colomba mía; tus deseos son órdenes para mí. Además, mi corazón me dice que estás en lo cierto, como lo estás siempre. Pero el daño que le voy á hacer será tremendo, juzgando por lo que á mí me ha pasado. Es posible que el cariño que me profesa se trueque en odio; es posible que me despida, furioso. ¿Cómo podré resistir entonces yo, extranjero, sin apoyo, sin asilo, á enemigos tan poderosos como la duquesa de Etampes y el tesoro del rey? ¿Quién me ayudará á desbaratar los proyectos de esa terrible pareja? ¿Quién se arriesgará conmigo en una lucha tan desigual? ¿Quién me tenderá la mano?

—¡Yo!—dijo una voz grave y profunda á espaldas de ambos jóvenes.

—¡Benvenuto!—exclamó el aprendiz sin que le hubiese sido necesario volverse para reconocer á su maestro.

Colomba dió un grito y se levantó apresuradamente. Ascanio miraba á Cellini indeciso entre su cólera y su amistad.

—Sí, soy yo, Benvenuto Cellini—dijo el orfebre—; yo, á quien vos no amáis, señorita; á quien tú no amas ya, Ascanio, y que sin embargo, voy á salvarlos á los dos.

—¿Qué estáis diciendo?—exclamó Ascanio.

—Digo que vengáis á sentaros junto á mí, porque es preciso que nos entendamos. No tenéis que enterarme de nada; no he perdido una sola palabra de vuestra conversación. Perdonadme que la haya sorprendido casualmente, y comprended que vale más que lo sepa todo. Habéis dicho cosas tristes y terribles para mí, pero también cosas agradables. Ascanio ha tenido razón unas veces y otras no. Es ciertísimo, señorita, que yo le hubiera disputado vuestra posesión, pero puesto que le amáis, todo está dicho: sed felices. Os ha prohibido que me améis, pero yo sabré obligaros á amarme entregándoos á él.

—¡Maestro querido!—dijo Ascanio.

—Sufrís mucho, caballero—añadió Colomba juntando sus manos.

—Gracias—contestó Cellini, cuyos ojos se humedecieron, y que sin embargo pudo contenerse—. Vos comprendéis que sufro. No es él quien lo hubiera advertido. Pero á las mujeres no se les escapa nada. No quiero mentir; padezco mucho y es natural, puesto que os pierdo; pero al mismo tiempo soy feliz porque puedo servirlos. Me lo deberéis todo, y esto me consuela. Te equivocabas, Ascanio: mi Beatriz es celosa y no tolera rivales; tú eres quien acabará la estatua de Hebe. ¡Adiós el más hermoso de mis sueños! ¡El último!

Benvenuto hablaba esforzándose, con voz entrecortada. Colomba se inclinó hacia él en un movimiento de suprema gracia, y poniendo una

de sus manos entre las del orfebre, le dijo dulcemente:

—Llorad, amigo mío, llorad.

—Sí, tenéis razón; no puedo contenerme—repuso Cellini prorrumpiendo en sollozos.

Estuvo así algún tiempo, en pie, llorando en silencio y sacudido por estremecimientos interiores. El llanto, tanto tiempo contenido, consolaba su pena al brotar. Ascanio y Colomba contemplaban con respeto aquel profundo dolor.

—Excepto el día en que te herí, Ascanio; excepto el día en que vi correr tu sangre, he pasado veinte años sin llorar—dijo tranquilizándose poco á poco—. La emoción de hoy ha sido espantosa. Tal era mi sufrimiento al escucharos oculto tras esos árboles, que he sentido tentaciones de daros de puñaladas. Lo único que me ha contenido es el convencimiento de que me necesitábais. Es decir, que me habéis salvado la vida. Sucede lo que debía suceder: Ascanio puede daros veinte años de felicidad más que yo, Colomba. Además, es mi hijo; seréis muy felices juntos, y esto me regocijará como si yo fuese vuestro padre. Benvenuto sabrá vencer á Benvenuto como á vuestros enemigos. A nosotros, los creadores, nos corresponde padecer, y de cada una de mis lágrimas brotará probablemente alguna hermosa estatua, como de cada una de las lágrimas del Dante brotó un cántico sublime. Ya lo veis, Colomba, vuelvo á mi antiguo amor, á mi escultura querida, que no me abandonará nunca. Habéis hecho bien en aconsejarme que lloré; con mis lágrimas se ha ido toda la amargura de mi corazón. Me quedo triste, pero he vuelto á ser bueno y me consolaré de mis penas salvándoos.

Ascanio cogió una mano del maestro y la estrechó entre las suyas; Colomba se apoderó de la otra, y se la llevó á los labios; Benvenuto respiró más profundamente que lo había hecho hasta entonces; sacudió la cabeza, se levantó, y dijo:

—Vamos, vamos, no me debilitéis; cuidadme bien, hijos míos. Lo mejor es que no volvamos á hablar de esto. En lo sucesivo, Colomba, seré amigo vuestro nada más; seré vuestro padre. Lo demás ha sido un sueño. Y ahora hablemos de lo que debemos hacer y de los peligros que os amenazan. Os oí antes formar vuestros planes; ¡sois muy jóvenes, Dios mío! No sabéis ni uno ni otro lo que es la vida. Os presentáis candidamente, desarmados, á recibir los golpes de la suerte, y esperáis vencer á la maldad, á la avaricia, á todas las pasiones rugientes con vuestra bondad y vuestras sonrisas. ¡Pobres locos! Yo seré, en vuestro lugar, fuerte, astuto, implacable. Estoy acostumbrado y vosotros no; Dios os ha creado para la felicidad y la placidez, ángeles míos; yo cuidaré de que podáis realizar vuestro destino. La cólera no arrugará tu blanca frente, Ascanio; el dolor no trastornará las puras líneas de tu rostro, Colomba. Yo os llevaré en brazos, encantadora pareja, para que podáis atravesar todos los fangos y todas las miserias de la